

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XX · LA INDIA

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

LA INDIA

XX

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 93

El Mahabharata y la reina Pandeia

Confirmación recibe esta conclusión de la comparación de lo comunicado por Megástenes con lo que el gran poema épico de la India —el Mahabharata, compuesto de cien mil versos dobles— y el Ramayana han conservado sobre la lucha de los Kurus y los Pandus , dos estirpes descendientes del mismo padre primero, Bharata, a las que llaman hijos del Sol y de la Luna (Chondro), por la posesión del trono real de Hastinapura, cerca del actual Delhi pero sobre el Ganges (Lassen, Ind. 1, 626 ss.; von Bohlen, Ind. 2, 345 ss.; Polier, Mythol. t. 1, c. 8; Schlegel, Weisheit der Inder, p. 285; Creuzer, Symb. 1, 419 ss. y 3, 313).

De Pandu y de su esposa Kundi descienden los cinco Pandavas , a quienes está asignada una mujer común, Draupadi, hija de Draupada, rey de los Pankala. Ésta es la madre de los Pandava posteriores. En su unión con los cinco hermanos está el punto de giro de la suerte de la estirpe de Pandu , la menor de las dos líneas en lucha, cuyo poder recibe un nuevo empuje con la unión con los Pankala. Los Pandava nacidos de Draupadi son hijos de madre —lo que la poliandria con cinco hermanos trae necesariamente consigo—. Si los hijos se llaman Pandava, la madre tiene que llamarse, en correspondencia, Pandaia. La identidad de ambas designaciones está a la vista, sobre todo si se compara la forma Pandavja. Así como Pandeia está en la mujer de los hermanos Pandava, Heracles está claramente en Krischna , el representante de los Pankala, de cuyo rey Draupada aquélla desciende. No sólo se atribuye a ambos la maza (Arr. 5, 3); también el Heracles indio Dorsares (Hesiquio, voces «[†]» y «[†]», con Alberti) tiene muchas mujeres y una gran cantidad de hijos . Krischna lleva además, con

Draupadi, el mismo nombre de «la Negra», que corresponde en especial a su condición de «[†]» en Arr., Ind. 8: una prueba clara de que la concepción de Megástenes, que la tiene por hija de Heracles, corresponde por entero al espíritu de la leyenda indígena. En general, Krischna aparece bajo la luz de un dios cuyo culto difunden los Pandava, así como él, por su parte, medió su unión con los Pankala y se volvió con eso el fundador de su grandeza. Donde aparecen los Pandus y su protector Krischna, allí ha llegado a su fin el dominio de los Kurus.

Si el informe de Megástenes aparece así como comunicación auténtica, también está plenamente fundada la noticia sobre la situación del país de Pandeia junto al mar del sur. Pues allí se ha conservado Pandja como nombre indígena (sobre esto véanse Wilson, *Historical sketch of the kingdom of Pandja, southern peninsula of India*, en el *Journal of the Roy. Asiatic Soc.* 3, p. 199 y 387; Lassen, *Indien* 1, 649-650 y 2, 23 y 733; Schwanbeck, *Megasth.* p. 38; Ritter, *Vorhalle*, p. 73 y 83, y *Asien* 2, 1096, Madura Pandionis). Y si se atestiguan reyes de la estirpe de Pandeia en tiempo de Alejandro, la historia posterior muestra que todavía después de los comienzos de nuestra era reinaban en la India príncipes del viejo nombre Pandava (Lassen, l. c. p. 627). En tiempo del Periplo de Arriano, un rey Pandion gobernaba el reino de los colquios en el Decán meridional, y las pesquerías de perlas que vimos unidas más arriba a Heracles y a Pandeia pertenecían a su territorio («[†]»). Ptolomeo, *Geogr.* 7, 1, p. 174, nombra «[†]», el palacio real de Pandion: es Madura o Mathura, la patria de Krischna a orillas del Ganges superior, todavía hoy conocida como residencia del Pandion. Madura remite a Madri, la segunda mujer de Pandu, de la cual descienden los dos más jóvenes de los cinco hijos de Pandava, y cuyo nombre lleva su pueblo, los madru. La

significación materna (mather, mother) no puede desconocerse en la palabra. Todavía hoy subsiste una rama de la vieja estirpe real de los Pandus o Pandiónidas —al menos deriva de ahí su nombre, y vale por tal en el país, aunque ya no haya ninguna ganancia en llamarse así—. Su ciudad de residencia está cerca del templo de Kalliar-Koil, en los bosques de Sheva Gonga, y se llama Pandion Kota (Ritter, Vorhalle, p. 83, que cita como fuente los *Historical Sketches* de Wilks, t. 1, p. 152). En tiempo de Megástenes existía un pueblo Pandae en el norte, probablemente en la península de Guzerat (Lassen 1, 631 y 2, 689). Junto al Hidaspes se encuentran los «[†]» de Ptolomeo 7, 1, 46. Fuera de la India, en Sogdiana, la sede primera de las estirpes arias, Plinio 6, 18 nombra el oppidum Panda (Creuzer, *Symb.* 1, 421).

En la isla —de la que se cuenta que su diosa es la luna y que desembarcar allí es peligroso, porque concede demasiado favor— rige el parentesco de hermana (Lassen 1, 641, 649, 670). Con eso se enlaza el título que llevaba el dei de Argel, a saber, «hermano de la madre»: deriva su derecho de la mujer primera, que se piensa en relación de hermana con él (Bohlen, *Indien* 1, 253; cf. *Cantar de los Cantares* 5, 1-2).

Otra consecuencia del principio material-femenino debe de estar contenida en la ausencia de la esclavitud, atestiguada para la India por Estrabón 15, p. 710, Diodoro 2, 39 (en Schw. p. 91; Fr. h. gr. 2, 405) y Arriano, *Ind.* 10. — La poliandria está dada en la unión de Draupadi con los cinco hermanos Pandava. En la epopeya india se dice que, para que no surgiera la discordia, los hermanos decidieron hacer de la muchacha una mujer común. Y más todavía se aparta de la tradición originaria la reelaboración posterior, según la cual Krischna habría recibido cinco maridos en su primer

nacimiento porque pronunció cinco veces la plegaria por un esposo. En el matrimonio entre hermanos de los árabes hemos encontrado más arriba un análogo del todo correspondiente a la práctica de los Pandava (Lassen 1, 642; v. Bohlen 2, 366). Al reproche del padre de Draupadi, uno de los Pandava, Indischthir, responde que en ese matrimonio poliándrico no siguen más que la costumbre que había sido habitual entre los príncipes, sus antepasados.

Con eso somos llevados a la patria más antigua de los Pandava: los valles altos del Himalaya, y en particular la región montañosa de Cachemira. Sobre el origen septentrional concuerdan Wilson, Ritter, Lassen y Bohlen. A aquellas montañas del norte se atan todos los recuerdos, todas las leyendas del pueblo, y en los valles montañosos indígenas la leyenda de los cinco hermanos heroicos está localizada en muchos sitios. Allí se atestigua también la misma costumbre de la poliandria (Ritter, *Asien* 2, 623, 752, 880, 964, 1095). Del Tíbet la informa también Turner (*Reise nach Tibet*, p. 393). De los bhuteas del Ladakh destaca R.: la poliandria es general entre hermanos, y los hijos quedan a cargo del mayor. Lo mismo entre los montañeses de Bissahir, donde las mujeres venden sus encantos al mejor postor y el hijo mayor corresponde al hermano mayor. De los aborígenes nepalíes se observa que la poliandria de sus vecinos tibetanos del norte y del oeste no está en uso entre ellos, pero que a las mujeres se les conceden muchos privilegios (R. 4, 123). De los butaneses del Himalaya, que todo el trabajo del campo, salvo el arado, lo hacen las mujeres (4, 167). De los aracanes de la Indochina, que se casaban con sus hermanos y hermanas carnales, menos el hijo con la madre; y que en la corte sus mujeres aparecían como armadas —las que, pues, llevaban el mando—, mientras sus maridos se ocupaban de la casa, y éstos

eran sin barba y de tez oscura (5, 314, 325).

El pueblo kurdo de los distritos boscosos del monte Hallabji muestra todavía el grado más alto de barbarie: las mujeres tienen entre ellos mucho poder, y en las enemistades y peleas son ellas las que hacen la paz ; son extraordinariamente iracundas, salvajes, y las mujeres de costumbres muy libres (9, 411). Sobre las estirpes lur , hordas persas nómades, fue Rowlinson (Notices p. 106-116), que recorrió el país al frente de un regimiento persa, el primero que trajo luces: las mujeres se ocupan por entero de la ganancia, los hombres defienden de los ataques enemigos ; tienen orgías nocturnas, ofrendan sus cabellos como sacrificio a los muertos y veneran al llamado «abuelo», el engendrador del pueblo (R. 9, 217; cf. Herod. 2, 102-106; Diod. 1, 4; Plut., De mont. et fluv., al final, donde se mencionan los misterios lunares del indio Lileo). Con estas costumbres sólo la ginecocracia es compatible. De los tovanes del Asia central se destaca su gran respeto por las mujeres, a las que hacen en todo su voluntad (R. 7, 642, comparado con Nicolás Damasceno, περ■ ■θ■v: «[†]»); del pueblo de Kotán, en el Turquestán oriental, la mayor estima de la mujer (7, 363); del de Yarkand, que la mujer ocupa el lugar de honor ; de la isla de Formosa —en el Asia occidental—, que las mujeres ejercen el sacerdocio (4, 879); de Maloa, en la India central, la notable preponderancia de la población femenina (6, 773).

Con eso compárense todavía algunos relatos de Marco Polo (Viaggi in Asia, Venecia 1829). C. 55, p. 83, sobre los tártaros: «E si vi dico, che le loro femine comperano e vendono, e fanno tutto quello che bisogna a' loro mariti; perocché gli uomini non fanno altro che cacciare e uccellare e fatti d'oste» —y os digo que sus mujeres compran y venden, y hacen todo lo que sus maridos

necesitan, porque los hombres no saben hacer otra cosa que cazar, volar aves y hechos de hueste—; y «niuno per niuna cosa toccherebbe la moglie dell'altro», y «le donne son buone e guardano bene l'onore di loro signori, e governano bene tutta la famiglia», y «ciascuno può pigliare tante mogli quante egli vuole»; «e l'uomo dà alla madre della femina, e la femina non dà nulla all'uomo»; y tienen por mejor a la primera mujer, y toman por esposas a las primas y a cualquier otra mujer, salvo a la madre, y toman la mujer del hermano si éste muere. Cf. además c. 99, p. 180; c. 149, p. 289 y 292; c. 150, p. 294: «Il regno di Multifili (¿Golconda? ¿Orissa?) ebbe una reina muy sabia, que quedó viuda bien cuarenta años, y amaba tanto a su señor que jamás quiso tomar otro marido; y ésta mantuvo este reino en gran estado, y era más amada que nunca lo fuera rey o reina».

Merece atención todavía el siguiente relato, que tiene su lugar acá. Lebillardièrre escribe sobre las islas de la Amistad: las mujeres del rey gozaban de gran consideración y tenían su corte; en particular la reina madre no carecía de influencia considerable, como que una de ellas tenía en Nueva Zelanda un trono propio junto al de su hijo (Klemm, *Frauen* 1, 189). — Sobre la poliandria del Asia alta puede oírse a Ritter, *Vorhalle*: a las huellas más notables, apenas advertidas todavía, de la comunicación antiquísima del Decán alto con el Tíbet alto pertenece que por todo Coorg, en el Decán alto (Erdk. 1, 763, 779, 781), se encuentre la costumbre de la poliandria, y esporádicamente en el altiplano del Decán hasta el cabo Comorín (Wilks, *Historical Sketches of the South of India*, Londres 1810, 1, 34). Como se sabe, ese modo de vida, del todo desdeñado por los sudasiáticos, es en cambio el dominante en el Tíbet y entre varios pueblos montañoses indígenas antiguos del Asia alta, que allí hemos citado como carácter peculiar de los

pueblos primitivos del Asia oriental y alta (Erdk. 1, 581, 594; 2, 441). Añado que una costumbre semejante se informa también de estirpes mongolas (Michaelis, Mos. Recht 2, 153), de modo que se extiende hasta

hasta Hibernia , siguiendo a César, B. G. 5, 14: «Uxores habent deni duodenique inter se communes, et maxime fratres cum fratribus, parentesque cum liberis. Sed si qui sunt ex his nati, eorum habentur liberi, a quibus primum virgines quaeque ductae sunt» (Oudendorp: quo primum virgo quaeque deducta est) —tienen las mujeres en común de diez en diez y de doce en doce, y sobre todo los hermanos con los hermanos, y los padres con los hijos; pero los que nacen de ellas son tenidos por hijos de aquel con quien cada doncella se casó primero—. Sobre la rusticidad todavía mayor de Hibernia, Estrabón 4, 201: «[+]» —y tienen trato con otras mujeres y con sus madres y hermanas, y se jactan de ello; y yo no tengo testigos que lo nieguen—. Parecido informa Megástenes en Estrabón 15, 710 de los pueblos del Cáucaso , y Heródoto 3, 101 de los pandeos indios y de los calatios (Sexto Empírico, Pyrrh. hypotyp. 3, p. 618 Bekker; Schwanbeck, Megasth. p. 65; arriba p. 10, c. 2).

Para los lacedemonios tenemos el testimonio de Polibio , que en el fragmento vaticano 12, 6, p. 16 Lucht —descubierto por Mai, publicado en el tomo segundo de los Script. vet. nova collectio y revisado por Lucht— escribe así: «[+]» —entre los lacedemonios era también antiguo y proverbial que tres o cuatro hombres tuvieran una sola mujer, y que los hermanos tuvieran las mujeres en común; y de ellos, los hijos de un mismo vientre eran distribuidos entre varios padres—. La exposición a la que pertenecen estas palabras será discutida más adelante en su contexto, al tratar de la

ginecocracia locria.

Si la poliandria familiar no es entonces dudosa en la patria de los Pandava, se la atestigua igualmente para Malabar , y eso merece atención porque también allí se edificó Krischna una ciudad (Ritter 2, 1097). Según Barthema, Maffei y Buchanan, escribe Bohlen 2, 143: el casamiento se hace en la primera juventud, para estar seguro de la pureza de las muchachas; después, en cambio, las mujeres son despedidas o trocadas por otras, y pueden vivir con quien quieran, con tal de que los amantes sean de rango superior; de donde viene que los nairs se tengan a todos por consanguíneos, que ninguno conozca a su padre y que cada uno mire a los hijos de su hermana como sus herederos más seguros (Francis Buchanan, *A Journey through Mysore* 2, 411; Lassen, *Indien* 2, 581). — Un nair puede también desposar a todas las hermanas de una casa que no le sea pariente, de modo semejante a los iroqueses , que aducen como razón que tales mujeres tienen que vivir necesariamente en mejor armonía que si se fueran extrañas; y la costumbre india, opina Harros, fue introducida por un príncipe antiquísimo para que los hijos, sin obligación hacia el padre, estuvieran siempre libres y prontos para el servicio de la guerra.

De todas estas noticias resulta que la dominación de las mujeres tal como Megástenes la señala para la Pandaea gens en la punta meridional del Decán tiene por base no sólo una tradición india auténtica, sino condiciones reales que en parte se han conservado hasta hoy ; y asimismo que la Candace meroítica del Pseudo-Calístenes pertenece justamente a aquella parte del Decán indio.

El siete, el blanco y el negro

Para juzgar las demás indicaciones transmitidas más arriba sobre las peculiaridades de la Pandaea gens tiene peso una observación general: que los griegos convertían de inmediato en propiedades y determinaciones físicas todo lo que en principio tenía sólo significación religiosa. La aptitud matrimonial de la muchacha a los siete años coincide ciertamente, casi, con la ley de Manu 9, 94, que fija los ocho (así también Maximino desposa a su filia septennis: Lact., De mort. pers. 50). Sin embargo, tengo por del todo indudable que no hay que pensar en una determinación real de edad, sino en un número religioso unido al culto de Krischna.

Como septenaria aparece acá Pandea, y como septenaria también Candace en Julio Valerio 3, 59. De este último pasaje resulta con toda seguridad la significación astronómica del número. La reina nos sale al paso como princesa del cielo nocturno, con la significación de una Afrodita-Urania. De la luna deriva su gloria. Por el padre divino es elevada a septenaria, y por él solo es fecundada, porque no se encuentra ningún otro esposo digno. Así como el padre la hace adulta en un instante, así aparece en J. Val. 3, 57 ante Alejandro «statura auctior, aetate veneranda» —de estatura mayor, de edad venerable—, es decir, más alta y más venerable de como él la había visto primero, y ahora recién en toda su magnificencia. Aunque hija de Pandion, Pandea es también su esposa, por él adornada con todo el ornamento como la luna con el collar de perlas de los astros que brillan de noche; y asimismo de nuevo su madre, como que él es llamado «[†]».

No menos yacen ideas mitológicas en los colores blanco y negro. Krischna se llama negro; Arguna, blanco —o más bien luteus, amarillo azafrán—. No hay que referir esos significados, con

Lassen (Ind. 1, 643), al color de piel blanco y negro de dos estirpes distintas, como tampoco lo permite la Afrodita semiclara, semioscura del Hifasis que nombra Filóstrato (V. Ap. 3, 3; cf. Luciano, Prometh. 4). Hay que reconocer más bien, en la unión de ambos extremos del par, la misma idea que con ellos enlazan la religión de Dionisos y la de Osiris, y que he explicado en mi tratado sobre los tres huevos de los misterios. Krischna el Negro y Arguna el Blanco corresponden por completo a Osiris y a Horus; pues aquél es negro y éste blanco (Plut., Is. et Os. 22). El negro se remonta al color de la tierra de labor empapada de agua (Plut., Is. et Os. 33), y por eso el Nilo que rueda el falo de Osiris se llama Melo (Serv. G. 4, 291; Aen. 1, 745 y 4, 246). El negro pertenece, entonces, al grado poseidónico-telúrico de la naturaleza divina, y abarca en esa significación también la muerte y el hundimiento, en la que Dionisos aparece como Melanégides y su sacerdote como Melampo, el de pies negros (Creuzer 4, 151-152). En este sentido es Krischna negro; en uno más alto, blanco, así como el Osiris negro aparece cubierto con el vestido blanco en Plutarco, Is. et Os. 78, y en los monumentos (Parthey p. 248). Y lo es como potencia solar y en la significación mística que se enlaza con ésta, que Plutarco (78) expone en toda su belleza. Así hay que pensar a Krischna el Negro como Helios resplandeciente, a su hija —la Krischna negra— como luna nocturna, y a Arguna el Blanco como Horus, y en su naturaleza hermafrodita a la manera de Dionisos y Aquiles, que también se representan así. Ideas mitológicas, y no propiedades físicas, yacen en el fondo de esos nombres de colores.

La misma significación tiene más de un fenómeno semejante, sobre el que antiguos y modernos fundan preferentemente el reproche de fabulosidad. Destaco todavía uno: el pueblo indio de

los cinocéfalos (Schwanbeck, Meg. p. 68; Lassen 1, 300 y 2, 656), que habitaba junto al Indo, ha escandalizado en especial. Y sin embargo está a la vista que el culto de los perros dio ocasión a esa representación. Para nosotros la observación importa de modo particular, porque del significado religioso del perro se puede inferir la ginecocracia. El perro es imagen de la tierra que pare y, por tanto, también de la luna que concibe en sí misma: «[†]», «[†]» y «[†]» son etimológica y sustancialmente lo mismo que «[†]» (arriba p. 11, c. 2). Por eso el perro se une preferentemente a divinidades femeninas : a Diana y a Mana Geneta (Plin. 29, 4), a Hécate , a Enodia y a Isis (Plut., Is. et Os. 21). Por eso aparece como divinidad de pueblos gineocráticos: de los etíopes (Plin. 6, 30; Fr. h. gr. 4, 333) y de los locrios lelegios (Plut., Qu. gr. 15; Paus. 10, 38, p.

del cario (Suidas, «[†]»; Arnobio 4, 25), del egipcio (lugares en Parthey a Is. et Os. 44 y 71, p. 263) y también del macedonio, entre quienes la maternidad está particularmente en lo alto (Curcio 10, 28). Por eso lo combate el Heracles Misógino (Plut., Qu. rom. 90; Plin. 10, 29). No sólo la maternidad, sino en especial su forma hetairica se une a la divinidad del perro, cuya cópula abierta y sin ley ha dado lugar al proverbio de los calmucos : que príncipes y perros no saben de ningún parentesco (Klemm, Frauen 1, 139). La cabeza de perro es el signo de esa religión, como vemos a Hécate con ella (Hes., «[†]»; Orígenes, Phil. p. 144 Miller; Neuhäuser, Kadmilus p. 33), y en los monumentos egipcios de Karnak hombres con cabeza de rana, y en otros sitios a Tifón con cabeza de asno (Bachofen, l. c. p. 361, n. 1; Parthey a Is. et Os. p. 219). Si los etíopes se sirven del movimiento del perro como augurio, no puede extrañar que los cinocéfalos se nombren también en Etiopía y en Libia (Herod. 4, 191; Agatárquides p. 44, ed. Hudson). De los

garamantes se dice en Plinio 8, 40: «Garamantum regem canes ducenti ab exilio reduxere proeliati contra resistentes» —a su rey, doscientos perros lo trajeron de vuelta del destierro, peleando contra los que se resistían—. El derecho materno y el hetairismo de los garamantes los hemos destacado más arriba, p. 11. A ellos recuerda «[†]», a la que Plutarco, *De fluviis* 16 (Hutt. 14, 457) llama «[†]», la que reinó también sobre Egipto. Aparece como mujer del Nilo —que encuentra su fin en las olas del río— y es puesta en relación tanto con Isis como con el perro de la muerte. Todas esas manifestaciones —el hetairismo, el culto del perro, el mando de la mujer, el predominio del pensamiento de la muerte— nacen de la misma concepción fundamental, y de ella recibe su explicación también Plinio 8, 45: «apud Garamantas boves retro ambulantes pascuntur» —entre los garamantes pastan bueyes que andan hacia atrás—. En tales estirpes el progreso de la vida aparece como un retroceso, y la muerte como el fin de toda existencia: un pensamiento que encontramos arriba en el arrojar las piedras hacia la espalda, y que reconoceremos en seguida en una leyenda india.

Con eso se nos ha señalado el camino justo para concebir también las demás noticias maravillosas de la India. El nacimiento de personas adultas desempeña en la epopeya un papel nada desdeñable: lo refieren de Vyasa y también de Pratardana, que es de trece años inmediatamente después de nacer (Lassen 1, 599 y 633).

Para la «[†]» —la procreación por mandato— se ofrece el siguiente punto de apoyo. *Manu* 9, 59-62 (en la versión inglesa de William Jones que Bachofen cita, y que se traduce): «Por falta de descendencia del marido, si éste es de la clase servil, la descendencia deseada puede ser procreada, o por su hermano o

por algún otro pariente, en la mujer debidamente autorizada. Rociado con manteca clarificada y en silencio, de noche, el pariente así designado engendre un solo hijo, pero de ningún modo un segundo, en la viuda o en la mujer sin hijos. Algunos sabios versados en las leyes sobre las mujeres piensan que, alcanzado conforme a la ley el gran objeto de tal designación, el hermano y la viuda deben vivir juntos como padre e hija por afinidad.»

Según esa determinación de la ley, Vyasa engendró con la reina Satiavati, la madre primera de los Pandava, sólo dos hijos. A tal vástago se lo llama Kshetragea, esto es, engendrado en el campo del hermano difunto (Lassen 1, 633). Es claro que ese matrimonio de levirato muestra parentesco con la poliandria de los hermanos. Lo concebiremos del modo más justo si lo pensamos como un resto de aquel estado anterior. Con el sistema de los Vedas y de la ley está en contradicción: no ha salido, entonces, de ese sistema, sino que ha sido tolerado junto a él, y por tanto es una concesión a la práctica antiquísima, que acá queda reducida a la medida más modesta y puesta bajo dirección religiosa. Con todo, es digno de atención que esa fecundación de un campo ajeno no se conciba como derecho del varón, sino más bien como su deber. La semilla esparcida por el varón está perdida para él y ganada para el campo o para su propietario. Manu 9, 48-55: «Como con las vacas, las yeguas, las camellas, las esclavas, las búfalas, las cabras y las ovejas, no es el dueño del toro, ni el padre de otro modo, quien posee la cría: así es con las mujeres ajenas. Quienes no tienen propiedad en el campo, pero tienen semilla en su poder, y la siembran en suelo ajeno, no pueden sacar ninguna ventaja del grano que se produzca. Si un toro engendra cien terneros en vacas que no son de su amo, esos terneros pertenecen sólo a los propietarios de las vacas, y la fuerza del toro se perdió. Así los

hombres que no tienen propiedad marital en las mujeres, pero siembran en campos ajenos, pueden levantar fruto para los maridos; pero el procreador no puede sacar de ello ninguna ventaja. Salvo pacto especial entre el dueño de la tierra y el de la semilla, el fruto pertenece claramente al dueño de la tierra, porque el receptáculo es más importante que la semilla. Pero los dueños de la semilla y del suelo pueden ser tenidos en este mundo por copropietarios de la cosecha, que convienen en dividirse por pacto especial en consideración a la semilla. Cualquier hombre que posee un campo, si semilla llevada a él por el agua o el viento germina, la planta pertenece al dueño de la tierra: el mero sembrador no toma el fruto.»

Ese derecho natural —excluido por el matrimonio (§§ 31-47)— vuelve a aplicarse en la cópula por el hermano del marido. El matrimonio de levirato es, por tanto, una vuelta al *ius naturale animal*. Por eso se lo restringe al matrimonio con un varón de la casta servil, y es del todo inadmisibles entre las clases de los nacidos dos veces (§§ 64-68): «A ninguna viuda ni mujer sin hijos, entre los hombres de las clases nacidas dos veces, debe autorizársela a concebir de otro que no sea su señor; pues quienes la autorizan a concebir de otro violan la ley primera. Tal encargo a un hermano o a otro pariente cercano no se menciona en ninguna parte de los textos nupciales del Veda; ni se nombra siquiera el matrimonio de la viuda en las leyes sobre el matrimonio. Esta práctica, apta sólo para el ganado, es reprobada por los brahmanes doctos; y sin embargo se declara que fue también práctica de los hombres mientras Vena tuvo el poder supremo. Éste, que poseía la tierra entera y por eso fue llamado el principal de los monarcas sabios, dio ocasión a una confusión de las clases cuando su entendimiento se volvió débil por la lascivia. Desde su tiempo los

virtuosos desaprueban a ese hombre que, por ofuscación de la mente, manda a una viuda recibir las caricias de otro por causa de la prole.»

Con eso somos llevados a un tiempo en que la poliandria era general bajo la forma del vínculo de levirato , y no estaba todavía sujeta a las restricciones que después introdujeron los brahmanes. Sobre el matrimonio de levirato, Michaelis, Mos. Recht 2, 149-160; Deut. 25, 5-10; Gén. 38; Rut 4. Sobre Egipto, la ley de Zenón en L. 8 C. de incestis nupt. (5, 5). Y sobre el levir: Festus, voz; Fr. 4 § 6 D. de grad. et adfin.: «Viri frater levir est; apud Graecos δα■p appellatur, ut est apud Homerum relatum; sic enim Helena ad Hectorem dicit» —el hermano del marido es el levir; entre los griegos se lo llama δα■p, como se lee en Homero; así, en efecto, dice Helena a Héctor—: «[†]». La hermana del marido se llama glos, y entre los griegos γ■λως. Nonius 19, 5 remonta levir a laevus vir; pero es mejor derivarlo de La, Las, de lo que δα■p da testimonio; pues la S y la L se alternan

así como en dacrima y lacrima, en odor y olere, y a menudo. Con el varón aparecen todos sus hermanos como portadores del mismo lar, su potencia generadora en unidad de sexo, y por tanto en aquella condición sobre la que reposan la poliandria entre hermanos y el matrimonio de levirato . De la misma raíz es laevus, y la unión de la idea de la generación con el lado izquierdo está clara desde lo anterior. No menos lo está γ■λως, glos, que se relaciona con la como γ■λα con lac, y que pertenece igualmente a la raíz la. (Festus, voz; Charis. 1, 27). — En el levirato de los indios se nos ha conservado un caso de «nacimiento dentro»: el hijo logrado tiene que ofrecer por su padre difunto los sacrificios de purificación ; el padre mismo tiene entonces tal derecho que, a falta

de hijo propio, puede reservarse para sí el primogénito de la hija (Manu 3, 11; Gans, Erbrecht 1, 78; Bohlen, Ind. 2, 142). — Es muy concebible que la leyenda de un pueblo de los «[†]», los que paren en el seno, haya salido de esa costumbre. Que la leyenda misma es antigua e indígena-india lo prueba el nombre sánscrito el nombre sánscrito Ekagarbha (Lassen 2, 651-652). Ctesias, a quien los antiguos señalan como su fuente, debe de haberla oído en la corte persa, lo que da testimonio de su difusión tan temprana como amplia. Que los «[†]» no están entonces tomados del aire, sino de condiciones reales —en su origen quizá amazónicas—, no puede dudarse, aunque sobre su situación y pertenencia haya alguna confusión en los datos de Plinio y de Solino (l. c.).

§ 96

El nombre de Candace

Paso ahora a la consideración del nombre Kandáke. Su traslado a la India no está sin punto de anclaje. La leyenda indígena india llama a la madre de los Pandava Kunti. Hesiquio da para Kandáke: «[†]», Kandá, la mujer. De ahí Kynti, nombre de mujer iliria en Ateneo 13, 557; Kabve, la madre con figura de perro de los locrios ginecocráticos (Plut., Qu. gr. 15) —palabra que se relaciona con el nombre de la ciudad locria Kanda en Esteban Bizantino—; y la raíz Kand vuelve a aparecer en la Kandyatra caria, en la Kandara paflagonia, en la Kandyba licia, que se remonta al hijo lelegio de Deucalión, Kandabos (Esteban Bizantino, voces). Si añadimos las formas transmitidas más arriba (p. 109) —Conhä, Cona, Quen, Queen—, está a la vista que la expresión indio-etíope pertenece a la misma raíz. Y ésta coincide con Gan, que significa a la vez vaca y tierra, y presenta a ambas en su naturaleza maternal, que pare